

D. CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

VERSO Y PROSA.

¡La musa, ayer, avasallaba el vuelo
Del águila soberbia y majestuosa,
Mientras inculta la villana prosa
Surcos trazaba en el estéril suelo;

Pero la prosa, con el áureo vuelo
Que audaz le usurpa á su rival hermosa,
Poética, inspirada, esplendorosa,
Libre de la cadencia, invade el cielo!

¡Llorad en vuestras arpas, trovadores,
El pasado feliz!..... ¡el mundo avanza!.....
¡Derribar es la ley del universo!

Ya para vuestras rimas no hay lectores:
¡La bella prosa al porvenir se lanza,
Y obscuro yace destronado el verso!

EL AMOR Y LA BOTELLA.

Rompe el espejo, ya que te alecciona
En el disfraz de nuestro amor ardiente:
Todo, el silencio mismo, nos desmiente,
El corazón se escapa y nos traiciona.

El amor que las almas ilusiona
Siempre desborda su escondida fuente,
Como el licor de la champaña hirviente
El estrecho cristal que la aprisiona.

En vano lo comprime un débil corcho
Y en bóveda de vidrio lo encarcela,
Porque no se evapore y se consuma;
Apenas sus alambres desentorcho,
Cuando el tapón estrepitoso vuela,
Y el vino salta en borbollón de espuma.

MI POEMA.

Tengo, como Colón, un nuevo mundo
De seres que mi espíritu ha soñado;
Un bosque virgen que ninguno ha hollado,
En el seno de América fecundo:

Es la gruta escondida en lo profundo
De un piélago de flores ignorado;
Con toda mi existencia la he creado,
¡Y para darla á luz basta un segundo!
¡Ah! ¡si creyera en ti, póstuma gloria,
Diérate el mundo que mi frente quema
Por un solo suspiro á mi memoria!
¡Tú eres un sueño!..... y cuando yo sucumba,
Bajo el peso mortal de mi poema
Escrito en mi alma bajará á la tumba!

Á LA ESPERANZA.

Yo sé que eres una ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alba que despliega
Su miraje de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva
Y el hombre con sus lágrimas la riega;
Sombra del porvenir que nunca llega,
¡Bella á los ojos, y á la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro,
Cual postrera ilusión de su alma, bella;
Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame ¡oh mentira! yo te adoro,
Ave ó pez, sombra ó flor, nube ó estrella.

AL CÉLEBRE OCULISTA MAGNI.

Tu ciencia, como el alba, es precursora
De la luz que del cielo se destaca:
Del triste ser el infortunio aplaca
Que en honda cárcel de tinieblas mora:

Cual la mano del Cristo, redentora,
Que el alma obscura de los limbos saca,
Rasgando el velo á la pupila opaca,
Le da la luz que el universo adora.

Á tal prodigio del ingenio humano
Mi frente respetuosa se doblega,
Para ensalzar su gloria merecida;

Y de hinojos besara aquella mano,
Si volviese también á mi alma ciega
El sol de la niñez: ¡la fe perdida!

BELLEZA Y DESVENTURA.

Con torpe mano, la fortuna ciega
Destruye tus más bellos galardones:
Te colmó de ideales perfecciones,
Y en mar de sombras y dolor te anega.

Con el cincel de la escultura griega
Delineó de tu rostro las facciones;

Pero, eclipsando tus preciosos dones,
Hasta la luz á tus pupilas niega.
Inerte, sobre el lecho reclinada,
Quien ve tus ojos aun los mira bellos,
Con todo el esplendor de la mirada.
Sólo para tu infausta desventura
No tienen ¡ay! ni vida ni destellos
Esos dos astros de tu noche oscura.

ACUÉRDATE DE MÍ.

¡Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta!
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
Las horas que se van,
Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora,
Aspirando la magia embriagadora
De tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno:
Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí.
No hay queja al labio ni á los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,
Vacío, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor;
Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse un tiempo en sus altares,
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor.

¡Parece ayer!..... De nuestros labios mudos
El suspiro de ¡adiós! volado al cielo,
Y escondías la faz en tu pañuelo
Para mejor llorar!
¡Hoy!.... ¡nos apartan los profundos senos
De dos inmensidades que has querido,
Y es más triste y más hondo el de tu olvido
Que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio?
¿Qué la distancia, ni los altos montes?
¿Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí,
Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto á ti?

¡Si yo tus alas invisibles veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
Tu sombra soy y donde vas te sigo
De tus huellas en pos!
Y en vano intentan que mi nombre olvides;
Nacieron nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

Tú eres la misma aún: cual otros días
Suspéndense tus brazos de mi cuello;
Veo tu rostro apasionado y bello
Mirarme y sonreír;
Aspiro de tus labios el aliento
Como el perfume de claveles rojos,
Y brilla siempre en tus azules ojos
Mi sol, mi porvenir!

Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa

Lágrimas de dolor;
Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y á pesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite mi amor!

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor á solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de ti;
Cuando veas que una ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo,
¡Acuérdate de mí!

LA LOCOMOTORA.

Ni el cóndor de los Andes, que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul región,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulmán de tez morena,
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pie;

Ni el barco humeante cuyo peso abrumba
Y fatiga las olas de la mar,
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma
Como luciente polvo de cristal;

Ni el aeronauta audaz, ni la ligera
Góndola del Atlántico veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente
Que bulle cual la lava del volcán,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre, arrebatando á lo infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confín.

Más que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilón,
Y olas vomita de su hirviente boca,
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se ve en un vértigo girar,
Como sombras de un loco desvarío,
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce, retumbando el suelo,
Sus huellas de rocío y de carbón,
Mientras fluctúa en el azul del cielo,
Cual larga nube, su penacho en pos.

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendón de guerra:
«El pueblo es rey y su sitial la tierra.»